

Enrique Lafourcade, manejando materiales tan distintos, ha escrito dos novelitas de extraordinario interés. En ambas, los personajes son auténticos. Su estilo literario es de gran pureza.—*Vicente Mengod.*



“AMARILLO”. *Ximena Adriazola.* Poesía. Santiago de Chile, 1956

Su autora tendrá veinticinco años. Una edad que para la poesía aún no es adulta y que significa y pesa mucho en cualesquier enjuiciamiento que se haga de la obra. En Europa, recién un escritor es tal, después de la cuarentena. Salvadas las excepciones geniales, claro está. En Latinoamérica, es distinto. Hemos tenido niños geniales, Lautreaumont, Neruda mismo, precoces de un instinto artístico superior a cálculos científicos. Adriazola, empieza a publicar tempranamente. Y no tenemos ninguna duda de la generosidad de su talento poético. Su libro demuestra, entre otras excelencias, la falta de paternidades visibles. Ni la Mistral, ni Neruda, ni el obsesionante trágico y profundamente humano Vallejo, aportan objetivamente nada. Quien más cerca se encuentra de ella y de su expresión quizá sea el último gran poeta nombrado y esta cercanía se manifiesta a través de un estilo, que nos parece propio a las jóvenes generaciones descoyuntadas entre la crisis mundial, entre un pánico y otro. Pareciera que la sensibilidad del gran poeta peruano, adelantó simplemente una expresión que ahora sintetiza en las nuevas generaciones sus puntos de vista estéticos. Adriazola, tiene como Vallejo, esa expresión apoética, dispar, esa construcción sin reglas fijas, el sentido de síntesis apremiante, como si la vida se les fuera a terminar ahí mismo. La sensibilidad de esta poetisa, actúa en un plano familiarmente doméstico. Las colgaduras de terciopelo, las sillas de viena, los angelotes dorados entrevistados en la infancia, todo el mundo barroco de la familia clase media chilena, se transparenta en su poesía con una claridad de raudal profundo. No posee una concepción definitiva aún de los fenómenos humanos. Fluctúa en la cuerda fácil del sentimiento amatorio, más, dignificándole, pues entronca

con él, todo el desarrollo de la especie utilizando hábiles metáforas de gran sabiduría instintiva. Hay una perpetua búsqueda de verdades en su desarrollo poético y si bien, por naturaleza, es imposible que resuelva sus dudas, las plantea igual, exigiendo, a veces, a través de un desgarrón que se manifiesta con una aguda ironía, una realidad que colme su soledad. Eterno problema éste para la sensibilidad artística. Los poetas, ésta y aquéllos, todos, usan de su expresión artística como un único cauce valedero para enfrentar una penosa realidad social. Todos los quebrantos, todas las caídas, todos los vuelcos, están allí estampados como el morir tenemos, fijos, denunciadores del drama humano. Adriazola tiene miedo, experimenta su propia muerte, se adelanta al terror místico de lo desconocido y se defiende usando su innata maestría para supervivir desde el verso. Burlesca, enfrenta al amor: "Que nos vaya bien — Dios lo quiera — y comportaditos aseguremos esta unión"... Sabe de antemano que todo habrá de romperse. Y no es la invocación preñada de tragedia, no es el juego de las imágenes lo que substituye al fácil juego del amor, sino una posición irreverente, una sonrisa cómplice con el arrebató pasional, pero segura del fin, al fin. Su libro está plagado de ejemplos irreverentes incluso para la poesía misma. Advierte Adriazola, la trascendencia de su empresa, más es la primera en burlarse de ella como está burlándose, suavemente, sin estridencias, de la vida misma. Contrasta evidentemente esta posición adoptada, con la edad de la creadora de estos ritmos desusados. Generalmente el poeta, sobre todo si es muy joven, como en el caso presente, sólo concibe su función poética como un dramático llamado pasional a las fuentes de la vida. Es el primer libro una eclosión de savias, un torbellino donde se junta el amor, la primera y fundamental experiencia, con la conciencia naciente ante el drama interior. Refleja el choque de la realidad poética con la realidad social imperante. Esta generación, que tan bien representa esta poetisa, libre de ataduras románticas y postrománticas, sencillamente le dedica al existir una sonrisa irónica y escéptica, haciendo un juego con sangre por dentro de lo que hasta la generación anterior fuese un drama.

Estamos ciertos que la historia literaria chilena confirmará nues-

tro aserto de que con *Amarillo* ha aparecido en el menguado horizonte nacional, una creadora auténtica. De golpe con su primer libro, adviene una visión personal en la poesía, que muchos halagos de belleza habrá de dar al país.—J. M.

■
“ENTRE EL OLVIDO Y EL SUEÑO”. “HERIDA DE CANTO”, por
Mario Dazán. San Fernando

En la paz de su rincón provinciano, Mario Dazán, hombretón jovial, espiga su secreta heredad y nos da en corto tiempo dos brazadas de imágenes, la primera festiva y sensual, inmersión en los espacios del mundo, en los cuales la mirada del hombre muestra luces de niño arrobado. Mas, este niño para cuya sangre, la tierra y el aire son gama de colores y resonancias, escucha y murmura conjugando el eco sorprendido en cada nota. Extraña y persistente música interior, en que no cabe el son destemplado; armonía inédita entre las imágenes puras y ágiles, renovadas siempre, y el ritmo acunado sobre un punto de fuga ya hechizado por esa música. Mario Dazán en este manojo de voces íntimas, nos entrega la medida de un camino suyo e inconfundible. Los reflejos extraños que pudieran tocar sus aguas secretas, no logran corromperlas, pues ellas tienen su propia brisa y su fondo viviente.

Gavilla de antojos felices, *Entre el olvido y el sueño* nos acerca a la secreta vibración de la carne cósmica:

*La carne se trasmuta
en tu cuerpo alto, leve,
silente, claro, solo:
Terso álamo con lluvia
prolongando tu pelo
por agua y sonido
huyendo. En tus ojos
la luz entera cae,
rosa suave, morena
apenas en nacencia.*